

LA MISIÓN DEL HIJO AMADO

Aproximación al evangelio de Lucas

Marcelino Legido López

*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido.
Me ha enviado para dar la Buena Noticia a los pobres (Lc 4,18).*

La misión del Hijo amado

1.- La misión del Hijo, entregado y levantado.

La Mesa del Reino del Padre

Con la Familia de hermanos en torno

Para el Camino de las bienaventuranzas

2.- Compartida a la fraternidad de sus hermanos.

Comulgando en sus mismos gestos

Y pisando sobre sus mismas huellas

Hacia la comunión ilimitada en su mismo destino

3.- Para poner la Mesa del Padre a todos los pueblos.

Cambio de puestos y júbilo del perdón

Entre las manos del Hijo, el Rey de la paz...

Que se entrega en el pan partido y la copa ofrecida

4.- Cuando, levantado, reinó desde el Madero.

No busquéis entre los muertos al que vive

Desde el camino, llevados al cenáculo

Desde el cenáculo, enviados a los confines

5.- Anotaciones

- Nota bibliográfica

- Clave exegética

1. La misión del Hijo, entregado y levantado

En medio del Imperio romano, en la tierra de la promesa, Juan el Bautista soñaba la llegada del Esperado. El Ungido (Is 9,1-6; 11,1-10) viene a poner la mesa para todos en el monte (Is 25,6-9), levantando los barrancos, abajando los montes, enderezando las sendas (Is 40,3-4). “Viene el más fuerte”, “para el perdón de los pecados”. “Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego” (Lc 3,16.3b.16b). Es necesario convertirse, compartir y servir (3,10-14). Viene Jesús, cuando todo el pueblo se estaba bautizando. Entró a la fila, bajó a las aguas. Y abre las manos al Padre orando. Se abre el cielo y se le ve cobijado por las manos del Padre, en el Espíritu Santo. “Tú eres mi Hijo, el amado, en ti mi complacencia” (3,22b).

- **Tú eres el Hijo de mis entrañas**, el Único, el Amado (Gen 22,2). No fue Abraham el que entregó a su hijo, soy yo el que le entregaré a la muerte por vosotros, para acogerlos a todos entre mis brazos (Jn 3,17b; Rom 8,32).
- **Te entregaré como siervo** para inaugurar mi justicia (Is 42,1-9) hasta los confines de la tierra (Is 49,1-7). Siervo obediente (Is 50,4-10), a quien entregaré como víctima por ellos y levantaré sobre ellos para que sea su paz (Is 52,13-53,12).
- **Te levantaré a la cabecera** de la mesa y del camino, a mi derecha y a la cabeza de ellos para que inaugures mi reino. Justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo (Ps 2,7; 110,7). “Gloria en los cielos, paz en la tierra” (Lc 2,14; 19,38)

Hijo del Padre, hijo de Adán (Lc 3,38) pasado a nuestra orilla, a la misma encrucijada nuestra, a la misma tentación, en la que se adentra en el Espíritu, para poner sus manos abiertas entre las del Padre en absoluta obediencia por nosotros (4,1-13). Vuelto, se vuelve a los caminos en la fuerza del Espíritu Santo (4,14).

La Mesa del Reino del Padre

“Vino Jesús a Galilea, proclamando el evangelio de Dios y diciendo: “Ha llegado el instante de la plenitud y se ha acercado el Reino de Dios. Convertíos y creed en el evangelio” (Mc 1,14-15; Dan 7,22; Gal 4,4). Así lo iba proclamando y enseñando por los caminos de Galilea (Lc 4,14-15). “Es necesario que proclame el reino de Dios, pues para esto he sido enviado” (4,18).

- **Un solo Padre de todos**. “Todos vosotros sois hermanos.” “Uno solo es vuestro Padre, el del cielo” (Mt 23,8b-9). El corro del pueblo le verá, iluminado el rostro, extendidos los brazos de par en par. “Mi padre es vuestro Padre” (cf. Mt 7,21b. 11b). Decid conmigo, junto a mí, en el mismo aliento de su Amor (Lc 11,13): “Padre”, “Padre nuestro”. Has iluminado tu rostro, en el rostro de tu Hijo. Has puesto la mesa de tu reino, en las manos de tu Hijo: “Santificado sea tu nombre”, “Venga tu Reino” (Lc 11,2; Mt 6,9-10a).

- **Una sola Mesa, la suya, para todos.** Ya veis cómo todo padre levanta un hogar y pone la mesa, y parte un trozo de pan. Así el Padre celestial inaugura ahora su reino y su justicia (Mt 6,33p), como la gran mesa de las bodas de su Hijo, a la que invita a todos (Lc 5,27-39p; 14,15-23; Mt 9,10). Pero en esta mesa los últimos serán los primeros, para servir la mesa conmigo. “El Espíritu del Señor me ha ungido para proclamar el evangelio a los pobres” (Lc 4,18a; 7,22). Para proclamarles la libertad de las cadenas, iluminarles los ojos, que tienen vueltos sobre sí, y sacarles del calabozo, para pregonar con ellos el año de Gracia del Señor (Lc 4,18b; Sant 2,5; 1Cor 1,27s; 6,2).
- **Un solo camino.** Al proclamar el evangelio de la gracia (Lc 4,20-22), la gente sencilla se quedó contrariada. Les escandalizaba la pequeñez del hijo del carpintero, y en todo caso desearían utilizarlo para sus “problemas”. Pero al decir que se encaminaba a las fronteras de la noche, fue arrojado de su pueblo (Lc 4,23-29). Así salió al camino a poner la Mesa en el corazón de este mundo, campo de guerra, con muro y cadenas. [Las cadenas demonizadas, que le encuadran] obra del Maligno (Lc 4,21-37), para abrir el corro grande a todos los desgraciados (Lc 4,40-44). En este “reino de los espíritus”, fuerzas de Satanás, el Hijo amado se va encontrando con las cadenas del dolor (Lc 5,12-16) y más abajo con las del pecado personal (Lc 5,17-26) que se hace también pecado comunitario (Lc 5,27-35) y pecado cósmico (Lc 6,1-5). Un empalme estrecho y misterioso: pecado personal, que se hace pecado estructural, que a su vez provoca y refuerza el pecado personal. Pero el Hijo amado, el Hijo del hombre inaugura el Reino del perdón (Lc 4,41; 5,24) para una creación nueva (Lc 6,5) en el corazón de la tierra.

Con la Familia de hermanos en torno

“El misterio del Reino de Dios” (Mc 4,11b) se des-entraña y se des-vela en la misma persona del Hijo del amor, en su rostro luminoso, en sus manos abiertas, en la andadura de sus pies. Un Padre, Un Hogar, Una Mesa, Un Camino. Y los últimos, los primeros a la mesa, para servir con Él a todos. **La Gracia en la ultimidad para la universalidad.** Él viene a buscar a todos, a salvar a todos. Un solo corro grande, una sola familia para reunir en uno los hijos dispersos por el mundo (Jn 11,52).

- **Todos llamados a su familia de hermanos.** Cuando proclamó el evangelio en la sinagoga, enseguida puso sus ojos en el “endemoniado” que, excluido, estaba atrás. El Maligno gritó, llamándole “Santo”, y el desgraciado pasó al centro del corro. Salieron y delante de la humilde casa de Pedro, vino al corro el pueblo entero, agolpados a la puerta, poniendo en medio a todos sus desgraciados. ¿Qué extraño es que el Maligno gritara “Tú eres el Hijo de Dios”? Una misericordia así, un corro así solo puede ser milagro del Padre, que ha hecho que los hombres sean amados en su Hijo, en su misma complacencia.

- Pero para reunir esta in-mensa familia de hermanos **necesitaba que un puñado de entre ellos le ayudara**. ¡Cuántos le amaban, cuantos “hacían” sus palabras, cuantos seguían sus pasos, sobre el terreno mismo de su vida! Eran sus discípulos porque le tienen por Señor (*Mará*). Hermano mayor, que va delante, al lado y detrás. Un puñado de ellos “pobres del Señor” (*anawim*) (cf. Lc 1-2). Más aún, había ido al lago a buscar compañeros de camino (Mc 1,16-20p), para que tiraran con él la red de la misericordia que los fue recogiendo. Ya se prestaron a ayudar en el corro. Y en la travesía de la noche a todos, con Pedro, les dijo: “conmigo, pescadores de hombres” (Mc 1,17).

Llegaba el momento de dar un nuevo paso en la misión. Al anochecer, les dejó para subir al monte a orar. Pasó la noche entera vuelto en el Espíritu al Padre, para volverse al amanecer a ellos. Corro grande de discípulos. De entre ellos constituye a los “doce” para bajar al llano, al encuentro de la muchedumbre (Lc 6,12-16; Mc 3,13-14). El corro, los discípulos, los apóstoles.

Para el Camino de las bienaventuranzas

El reino del Padre aparecía ante los ojos. Él en el centro, a la cabeza de la tierra y del corro. Los más pobres, allegados extremadamente a él. Junto a ellos, los discípulos y los apóstoles (Lc 6,17-19p). En realidad, aparecían dos reinos, dos reinados, dos caminos. Era una encrucijada (Mc 3,22-30). Parecía un combate. Las manos extendidas del Hijo en la fuerza del Espíritu mostraban que en “los signos del Ungido” se había hecho ya presente el Reino del Padre (7,21-23p).

- **Era el momento de indicar la andadura de las bienaventuranzas** (6,20-23; Mt 5,2-12). Una encrucijada. Una piedra de tropiezo. A los pobres, que se dejan amar y se pasan a sus manos, para su Reino, les explica la pobreza, el hambre ya ahora, el odio y la persecución por su nombre, “¡dichosos ellos!” Pero frente a ellos, tal vez en contra de ellos, en el reinado de este mundo, estarán los ricos, los que están hartos, los que parecen siempre reír, alabados por todos (Lc 6,24-26). El don del hijo, la Mesa del Reino, es la fidelidad de la misericordia; es, por tanto, la verdad y la justicia de la gracia, es el perdón a los enemigos.
- **La andadura del reino es la gratuidad, la absoluta Gracia**. “Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian” (Lc 6,27p). “Llegad a ser misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6,36). “Sed vosotros consumados en el amor, como vuestro Padre del cielo es consumado en el amor” (Mt 5,8). Él hace salir el sol sobre buenos y malos, en la creación primera (Mt 5,45). Él, ahora en las bodas de su Hijo amado, invita a todos, buenos y malos (Mt 22,10; 13,48). Poned la otra mejilla, compartid en derroche. ¿Dónde, si no, aparece “la gracia”? (Lc 6,32c.33b.34a) de “los hijos del Altísimo”.

- **La andadura en la espesura del mundo.** Os planteará cada día la necesidad del perdón. Y más aún, si bajáis a la hondura, donde veréis enfermo al criado del centurión (Lc 7,1-10) y muerto al hijo de la viuda (Lc 7,11-17). Más debajo de la ceguera, de la lepra y de la muerte, está la resistencia a la gracia del evangelio. El último signo será: “los pobres son evangelizados, los pobres acogen el evangelio y se entregan a él”. No es extraño que sea piedra de tropiezo (Lc 7,22-23p). Y no solo de los fariseos, también el pueblo sencillo se burlará de la gracia, como los niños en la plaza (Lc 7,29-34). Por fin será entre los publicanos y pecadores, en la nada del mundo, donde aparecerá la justicia del Reino (Lc 7,35; 1Cor 1,24ss). Dichosa la pecadora pública que me lavó. En pie, vencida por el amor, que es el perdón. Perdonados, podréis perdonar. Solo así abriréis la senda de “la paz” (7,50).

2. Compartida a la fraternidad de sus hermanos

Jesús, al salir a los caminos inaugura el Reino del Padre, abriendo la brecha en el reino de este mundo, dominado por Satanás (Mc 3,23-27p). Dos hogares, dos casas, dos familias, dos sendas. Cuando vienen con su madre y sus hermanos, le encuentran sentado en la cabecera de la muchedumbre, pero junto a él, “en corro, hay un puñado de discípulos, sentados con él. Él mira a ese puñado, que le escucha y le sigue, y dice: “He aquí mi madre y mis hermanos” (Mc 3,34b; Lc 8,21b; Mt 12,49b). Son su fraternidad, pues comparten con él la misión suya recibida del Padre, la mesa de su reino. Son “los que escuchan la palabra de Dios y la hacen” (Lc 8,21b). No solo acogen, sino que le escuchan; no solo le escuchan, sino que realizan, “hacen la voluntad de Dios” (Mc 3,35a), “la voluntad de mi Padre” (Mt 12,50; 7,21; Cf. Jn 15,14). Hermanos y hermanas, que le ayudan y sirven como su madre (cf. Lc 8,21).

- **Los apóstoles.** Cuando, al amanecer, se volvió desde el Padre, “llamó a sí a sus discípulos, y eligió de entre ellos a doce, a los que también llamó apóstoles (Lc 6,13; Mc 4,10; Jn 6,70; Act 1,2; 1,13). A doce, pues doce eran las tribus del pueblo, germen y diseño del único pueblo, la nueva humanidad. Distintos en existencia, andadura y propósito, estaban únicamente unidos por Jesús, el Señor, su misterio y su misión. En Lc 6,13-16 se les enumera, encabezados por Pedro y terminada por Judas, el traidor. En Mc 3,16-19; Mt 10,2-4 se les agrupa de dos en dos al enumerarles para subrayar que es la misión del Hijo la que propiamente les constituye (Mc 6,7 y “envía”).
- **Los discípulos.** “Gran muchedumbre de discípulos” (Lc 6,17a; 19,37). “Sus discípulos” (Mc 2,18; Mt 9,19; Lc 11,1; Jn 6,60-66; 7,3). De en medio de la gran multitud del pueblo, venido de cerca y lejos, él los llama hacia sí (Lc 6,17) y con ellos se retira de nuevo a casa, para descifrarles la palabra (Mt 13,18) o los apremia a embarcarse a la otra orilla (Mc 6,45). Jesús es el Maestro, un

magisterio único y absolutamente nuevo. No enseña la ley, proclama el evangelio. Palabra viva, que se hace camino. Él delante, pero guiándolos; al lado, para acompañarlos; detrás, para sostenerlos. El Maestro y el Señor (cf. Jn 13,13. Mt 23, 8-10), es el pionero y guía, el Primogénito (cf. Heb 2,10; 12,2). Ellos, todos, hermanos y compañeros.

- **Los compañeros de cerca.** Todos hacen camino con él. Pero casi todos deben caminar, sembrados en su puesto en la vida (p. e. en la pequeña aldea, (Lc 10,32-42), o en el consejo supremo, Mc 16,13; Jn 19,3; 3,1-8). También desde su lugar pueden seguirle de cerca, permaneciendo en su palabra (Jn 8,31; 15,7). Pero a veces, se pondrán en camino a proclamar el evangelio y a servir a los pequeños (Mc 9,41; Mt 10,40). Incluso habrá mujeres que como madres y hermanas, les sirvan a Él y a los apóstoles en el camino (Lc 8,2-3; 23,49ss) y hasta enviadas, que comparten la obra de los apóstoles (Lc 10,1-12).

Comulgando en sus mismos gestos

La misión del Hijo amado y enviado ha sido compartida por él a la fraternidad de todos sus hermanos, en distintos dones, para distintos servicios. En realidad, el Don único es el Hijo mismo entregado, el misterio del reino. Pero Él entre sus manos, lo comparte en el aliento del Espíritu a todos, apóstoles y discípulos, para que todos le ayuden a poner la mesa del Reino en el corazón del mundo, la nueva creación que se inaugura en la Pascua, anticipo de la parusía.

- **La misión de los apóstoles.** El Señor se propone hacerse presente, él mismo a sí mismo, a la cabecera de la mesa y del camino. El Primogénito, delante de los hermanos, presencia del Padre mismo, que allega, aúna y encamina a todos, hacia su Hogar. Para hacerse presente en los apóstoles y que ellos sean y actúen “en su persona”, les entrega la misma potestad que el Padre le ha entregado a él. “Todo me ha sido dado por mi Padre” (Q: Lc 10,22^a; Mt 11,27c), “se me ha dado toda potestad (*exousía*) en el cielo y en la tierra” (Mt 28,18b; Jn 3,35p). Por eso “llamando a los doce les dio aliento (*dynamis*) y potestad (*exousía*) sobre todos los demonios”, para “proclamar el Reino de Dios y curar a los desvalidos” (Lc 9,1-2; Mc 6,7b; Mt 10,7). Es el carisma del Reino, el don de la totalidad, el mismo del Hijo amado, en la mesa y en el camino (Mc 1,14-15; 6,7-13; Mt 4,17-23; 9,35; 10,7-8). La proclamación del Reino de Dios (Lc 4,43) anunciando el evangelio a los pobres (Lc 4,18-22). La gratuidad, en la ultimidad, para la universalidad, la pasa el Señor a las manos de sus apóstoles, pasándoles Él a sus mismas manos (Lc 9,1; Act 10,37ss).
- **La misión de los discípulos.** La nueva creación es gracia sobre gracia (cf. Jn 1,16. Col 1,19). La Mesa se ha de poner en el corazón del universo, para que la creación primera, gracia des-graciada, hogar convertido en campo de guerra, sea transfigurada; asumida, liberada, reconciliada, sobrepasada, plenificada. La

presencia del Hijo delante de los hermanos va unida inseparablemente, inconfundiblemente con su presencia del Hijo en medio de los hermanos. Por esto, cuando Él está en medio de apóstoles y discípulos, les habla de la parábola del sembrador, des-velándoles el “misterio del Reino” (Mc 3,31-35; 4,1-20p). Se siembra la “palabra”, hecha carne en los “hijos del reino” (Mc 8,14; Mt 13,37). Así habrá mesa puesta, pan partido, lámpara encendida, cobijo de arbusto. Mesa donde las espadas se convierten en arados, pregón y anticipo de la paz, en la senda de las bienaventuranzas (Mc 4,21.30-32; Lc 8,16; Mt 5,15).

- **La misión de los compañeros de cerca.** Toda la fraternidad de Jesús es fraternidad apostólica. En los apóstoles se hace presente como hermano ante hermanos; en los discípulos, como hermano entre los hermanos. Gestos que no se confunden, pero tampoco se separan. Habrá pues discípulos que le acompañen de cerca, sirviéndole a Él (Lc 8,1-3) con su vida y sus bienes. Pero otros le acompañarán de cerca, yendo delante de él a preparar sus caminos. Estos discípulos no han recibido el carisma de representarle como el Cabeza de todo y de todos (la *exousía*), pero sí el servicio (*diakonía*) de preparar los caminos, para que todos vengan a acogerse a Él, a contemplarle a Él, a entregarse a Él, el Reino mismo en persona (Lc 10,1-12).

Y pisando sobre sus mismas huellas

El Señor iba delante recorriendo pueblos y aldeas, proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia. Se le conmovieron las entrañas por las muchedumbres, porque estaban despojados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor (Mt 9,35-36p). La mies es mucha y los trabajadores pocos. Pero el Padre le iba dando obreros (cf. Jn 6,36.44). Hermanos, en los que él manifestaba su misericordia, “delante” de los hermanos; hermanos en los que manifestaba su misericordia; “en medio” de los hermanos. Apóstoles y discípulos, en el corro y en la marcha, en gracia sobre gracia. Pero también hermanos en los que apareciera su misericordia, “más allá” de los hermanos. Hermanas que les servían a la mesa, mesa de los pobres al tiempo, con su vida y sus bienes (Lc 8,1-3). Y entre ellas, María Magdalena, que le siguió más allá de la cruz, en enloquecida fidelidad (Mc 15,40-47; 16,1-9p). Aquellos hombres sencillos, que le acompañaban en su combate por la justicia del Reino (Lc 24,21), aquel ciego que le proclamaba como el Ungido, la única esperanza, por el camino, al caer la noche (Lc 18,38). Y aquellos setenta y dos mensajeros de la paz a las ovejas perdidas sin remedio (Lc 10,1-12). Lucas, en el Evangelio y en los Hechos, nos ha dibujado el corro y la senda de aquella Iglesia primera, fraternidad apostólica, germen y senda del Reino. “Poneos en camino” (Lc 10,30). “Él va delante para que sigáis sus huellas” (1Pe 2,21).

- **Pasar a su intemperie.** “Maestro, te seguiré a donde vayas”. “Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza” (Mt 8,20 [Q]). El gorrión tiene casa, el Hijo tendrá que conocer

la absoluta intemperie de los últimos pobres (Ps 8,4-8; 1Cor 8,9). “Señor, déjame enterrar a mi padre” (Mt 8,21p). Para pasar la vida a los muertos, habrá que bajar a otro abismo (Mt 27,45-54; Flp 2,8). ¿Volverse a casa a despedir a los padres? (Lc 9,61). Solo dejándose tomar de mi mano, podrán olvidar lo que quede atrás para comulgar de lleno en mis heridas, paso de la victoria (Flp 3).

- **Pasar a su descalcez.** “Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis” (*dorean*) (Mt 10,8b). La gracia será gracia en la ultimidad, donde entren los enfermos, los leprosos, los muertos, bajo los demonios. Si tenemos algo, tenemos que defenderlo y si queremos defenderlo, tenemos que legitimarlo. “No llevéis alforja” (Mc 6,8; Lc 9,3; 10,4; Mt 10,9ss). “No llevéis bastón” (Mc 6,8a; Lc 9,3; Mt 10,10). Importa descalzarse, como cuando se va al monte a orar, en absoluta disponibilidad, para estar absolutamente disponibles en el camino (Mt 10,10b).
- **Pasar a su persecución.** “Seréis odiados de todos, por causa de mi nombre” (Mt 10,22a; Lc 6,22; Jn 15,18; 1Ped 4,14p). Bajar a los pobres corre el riesgo de ser atrapados por ellos a sus intereses, rechazando y odiando a sus opresores. La gratuidad en la ultimidad ha de abrirse a la universalidad de la Mesa del Reino. El absoluto rechazo en la familia, en la sinagoga, en el pueblo, en el mundo. Esto ya al empezar (Lc 6,29), ¿qué será al avanzar (Lc 10,5-12) hacia el monte (Lc 12,1-12) al despuntar la aurora (Lc 21,8)? “Mirad, os envío como ovejas en medio de lobos” (Lc 10,3; Mt 10,16-33p). “No temáis, el Padre os cobija conmigo” (Lc 12,7; Mt 10,31s.40).

Hacia la comunión ilimitada en su mismo destino

El camino de aldea en aldea, a la redonda, “en círculo” (Mc 6,6b) pretendía ser una gran convocatoria a la mesa común (Mc 6,32-44), en “la tierra florecida”. Los apóstoles marcharán de dos en dos por las aldeas del entorno proclamando el evangelio del Reino. Casa por casa primero, como pregón y abrazo de paz: “Paz” (Lc 10,5) y se hacía corro en las plazas, en torno a los pobres curados. El paso siguiente era la mesa grande (Mc 6,32-44; Lc 9,10b-17). Pero había otro paso más allá, poner la mesa en los confines (Mc 8,1-10; Mt 1,15.32-39). Casi de inmediato sucedió el rechazo, y no de los lejanos, sino de los cercanos. El paso hacia la anchura, a los de lejos, a los perdidos, había que prepararlo yendo a la espesura, a los de cerca, más perdidos todavía. La brecha de la gracia, es la fidelidad de la misericordia (Rom 15,7b-8; 10,20-21). Por ello, la palabra tan extraña: “caminad más bien a las ovejas perdidas de Israel” (Mt 10,6). Id a poner la mesa en el Monte, para todos, pasando por Samaría. Abrazar a los oprimidos, yendo a abrazar a los opresores. Los apóstoles pedirán enseguida “fuego del cielo” (Lc 9,54).

- El Señor, entonces, confía a los discípulos más pequeños un gesto de **excesiva fidelidad** para estas ovejas perdidas en su fe que rozaba la apostasía. Setenta y dos discípulos, enviados delante de su rostro (Lc 10,1-2). Eran un signo de la nueva creación. Con ese número se evocaba la descendencia de Abrahán (Ex 1,5;

Act 7,14). Como bendición a todos los pueblos (Gen 10,1-32). Como que les pedía que compartieran ellos su peso, el peso que por ellos sentía (Ex 24,1; Num 11, 16), para que les ayudara a abrir el camino de la justicia (Juec 9,2), que condujera a la tierra nueva, más allá del destierro (Jer 25,11), la tierra de la paz (Lc 2,14).

- También ahora la alegría primera, dio paso al **rechazo frontal** (cf. Lc 4,18-29). Los setenta y dos venían contentos (Lc 10,17-20), los doce, que por otras aldeas habían hecho el mismo camino, venían abatidos (Mt 11,28). El Señor abrió los brazos de par en par, y saltando de alegría en el Espíritu Santo, aclama el misterio irrastreable de la complacencia del Padre. Solo el Hijo le conoce. Solo el Hijo le revela. Solo los pobres de corazón lo acogen. Así ven con sus ojos el Misterio entregado. Pero tendrán que volver a su corazón para ser mansos y humildes con Él, llevando su yugo ligero (Q; Lc 10,21-24; Mt 11,25-30p).
- Es necesario bajar más abajo, hacia la hondura, vueltos más arriba, hacia la altura. Es necesario acoger la misericordia del Padre, compartirla y ofrecerla (Lc 10,25-37). No es posible curar al hermano tirado en el camino, si no se hace, junto a Betania (Lc 10,38-42), una experiencia abismal de oración: “Padre” (Lc 11,1-13). Estamos en la encrucijada de los reinos (Lc 11,14-26). Solo las manos abiertas de la Madre, pasadas a las suyas (Lc 11,27-28) podrán disponerse al gesto de ser arrojados al abismo, para ser sencilla lámpara (Lc 11,29-36) cuando los poderosos cierran los caminos, y haya que levantar la voz con valentía (Lc 11,37-11). El pequeño rebaño tendrá que dar sus bienes a los pobres, a la luz de la parusía, para dejar pasar en su pequeñez el fuego prendido en la tierra (Lc 12,23-50). Sobrepasando el mesianismo político, en todos sus gestos y ámbitos (Lc 12,51-13,17). Más sencilla, granito de mostaza, lámpara ardiendo, Amoroso dolor de amor por los perdidos (Lc 13,18-25).

3. Para poner la Mesa del Padre a todos los pueblos

Cuando el Señor recorría Galilea dibujó en una imagen su situación histórica. Aquella tierra era la parábola del rico Epulón y del mendigo Lázaro (Lc 16,19-21). En el trasfondo está el “reino de Satanás”, sobre el Universo. Salido de las manos del Padre, continúa siendo una casa (*oikía*), pero con un muro, entrelazado de cadenas (Lc 11,15-23p). Este trans-fondo sucede en el escenario histórico mismo, la intra-historia en la historia. En el banquete de Herodes están los “magnates, tribunos y principales de Galilea” (Mc 6,21). Fuera de la mesa, las “gentes del país”, despojadas y abatidas, y a su vez, por su ambición misma, des-caminados (cf. Mt 9,36p), fatigadas y sobrecargadas (Mt 11,28). En esta situación histórica y meta-histórica se realizó la misión de los apóstoles, de aldea en aldea, para preparar la mesa del reino del Padre, en el corazón del mundo, brecha de la justicia y de la paz, en la densa noche oscura (Mt 7,12-17; Is 8,23-9,6; 17,1-10p).

- **El gran corro** (Lc 9,10-11). Los apóstoles regresaron. Él les invitó a descansar aparte. Vueltos al Padre, podrán acogerse y ofrecer su misericordia. La gente supo que estaban a las afueras de Betsaida y le siguieron. “Él les acogía” (Lc 9,11b), y “se le conmovieron las entrañas, pues estaban como ovejas sin pastor” (Mc 6,34 b). Corro grande. El Señor a la cabecera, junto a él los apóstoles, a sus pies los enfermos traídos de las aldeas, y en torno el gran corro de la muchedumbre (Mt 15,30p). Parábola viviente de la Mesa del Padre. Les proclamaba “el reino de Dios” y les curaba (Lc 9,11; Mt 14,14; 15,30).
- **La gran mesa** (Lc 9,12-17p). Declinaba el día y los apóstoles se acercan al Señor para que los despida. Pero “Él les dijo: dadles vosotros de comer” (Lc 9,13c). Ellos se resistieron, pues les invitaba a compartir el pan y los peces, que necesitaban para sobrevivir. Incluso les miraban con un cierto desprecio: ¡comían tanto! Pero él les pide que le ayuden a poner la mesa: corro grande sobre la hierba verde, y hasta sus pocos panes, pasados a manos de él. Y “Él, levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y los iba dando a los discípulos para que los fueran sirviendo (Mc 6,41p). En sobreabundancia.
- **La piedra de tropiezo**. Fue el Señor mismo, los ojos vueltos al Padre, las manos extendidas a todos, el que puso la mesa que disgustó a todos. Molestos los dueños del latifundio, y molestos también los pobres. El Señor quería poner la mesa en el muro de la injusticia, entre las cadenas de la opresión, en la atmósfera del odio. La muchedumbre le reclamaba para hacerle Rey (Jn 6,15). Ellos no buscaban compartir, sino repartir, y los discípulos cedían al compartir, pero se resistían a compartirse. Él había dicho aquella misteriosa palabra: “mi carne por la vida del mundo” (Jn 6,51).

Discípulos y apóstoles, tentados de abandonarle, por la mesa del compartir. Él les invitó a ir más adelante en la travesía: “después de despedirles, se fue al monte a orar” (Mc 6,46). Ellos “no habían entendido lo de los panes, pues tenían cegado el corazón” (Mc 6,51b). Viento recio y contrario. Él vino hacia ellos: “Ánimo, yo soy, no temáis” (Mc 6,50). Pero los últimos de los des-graciados se sentían arrastrados a él, la fuerza que les “salvaba” (Mc 6,56b). Pero en los apóstoles quedaban difíciles prejuicios.

Cambio de puestos y júbilo del perdón

Salieron de nuevo al camino. Pero él antes se puso a orar, vuelto al Padre en compañía con sus discípulos (Lc 9,18). ¿Quién dice la gente que soy yo? “El Cristo de Dios” (Lc 9,18b.20b). El Esperado, mano extendida del Padre, para el reino de su justicia y de su paz. Pero él les mandó enérgicamente que no dijeran esto a nadie” (Mc 9,9). Pues ellos y todos esperaban al Ungido, en la forma del poder. El encargo del Padre era un escándalo inesperado. Por poner su mesa, no solo había que compartir, sino servir en la última servidumbre, en la muerte violenta en la ignominia. El Hijo del Hombre, sufriente, reprobado y asesinado, será levantado, para el reino del Padre, anticipo de su parusía

en la gloria (Lc 9,22-27). Precisamente en el monte, al ser encumbrado, aparecerá en gloria. Hijo entregado como siervo y levantado como Señor, para arrancar el muro y las cadenas demonizadas (Lc 9,28-43). Pero él les insistía: para bajar a ser “el último de todos”, el “Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres” (Lc 9,44).

- **La fiesta del cambio de puestos** (Lc 14,1-35). Ya les había dicho: en “la mesa del Reino de Dios”, hay “últimos que serán primeros y hay primeros que serán últimos” (Lc 13,29b-30). Era sábado. Comida en la casa de un fariseo, delante del hombre hidrópico. Las palabras explicarán el signo. Todos buscan el primer puesto, pero el padre de familia levantará a los últimos, hasta el lugar primero. Todo el que se ensalce será humillado y el que se humille será enaltecido (Lc 14,11). En la mesa del Reino ya no cuenta el amor in-teresado de correspondencia, será pura gracia, derrochada a los más desgraciados (Lc 14,12-14). Todos serán invitados, ricos y pobres. Casi todos se disculpan, por la propiedad, el trabajo y la familia. “¿Quién será el dichoso que pueda comer el pan en el Reino de Dios?” Sal a las plazas y a las cercas. Los últimos serán los primeros. Es necesario tomar la cruz y seguirle a su servidumbre. Las ataduras de lo que amamos y tenemos hacen que la sal pierda el sabor (Lc 14,15-24; 14,25-35p).
- **La fiesta es júbilo del perdón** (Lc 15,1-32). Al poner la Mesa del Reino, el Señor nos ofrece su misericordia, para que le ayudemos a compartir. A su “compartir” respondemos con “protesta”. Está cerrado el corazón. Nos ofrece su misericordia, para que le ayudemos a “servir”, bajando al último lugar. A su servir, respondemos con el “rechazo”. Está el corazón cerrado. Cuando nos dé la mano para “morir” con él, le responderemos con la “traición”. Es que el muro y las cadenas, no solo están fuera, están dentro. Más abajo del pecado colectivo, y de las cadenas, está el pecado personal, la pretensión de serse a sí mismo, de idolatría y ambición... Es en el perdón donde el Padre de familia, en la persona de su Hijo, convocará a todos, desde los últimos, todos pecadores, perdonados. Mesa del amor jubiloso. Mesa del perdón suyo, que hace posible su compartir y su servir. Es la ultimidad para que todos celebren la fiesta del cambio de puestos y los últimos pasen a la cabecera de la mesa a servir a todos con él (Lc 15,1-2p.4-7.8-10.11-32).

Al inaugurarse de este modo tan escandaloso la justicia del reino, no cabe más que dos gestos: el del administrador que da en derroche a los oprimidos el dinero de la injusticia (Lc 16,1-13) o el del rico Epulón, que desconoce al mendigo de su portal (Lc 16,14-17). Pero el Señor pro-voca a todos. La fraternidad de los siervos inútiles (Lc 17,7-10) es verdadero germen y diseño del Reino. Incesantemente sucederá el Magnificat. También los pobres se ven situados en la encrucijada. Y tal vez, mientras todos comen y beben,

quede un solo leproso para dar gracias y un publicano, para llorar de alegría sus pecados perdonados (17,11-19; 18,9-11; 18,37-43; 19,1-10).

Entre las manos del Hijo, el Rey de la paz...

“Iban de camino subiendo a Jerusalén, y Jesús marchaba delante de ellos; ellos estaban sorprendidos y los que le seguían tenían miedo” (Mc 10,32). A medida que avanzaban, les des-velaba el secreto de su travesía y les invitaba a compartirla (Mc 8,31; 9,31; 10,32-34). Para poner la mesa del Padre era necesario negarse a sí mismo y tomar su cruz (Mc 8,34), haciéndose el último de todos (Mc 9,35p). Incluso “esclavo de todos” (10,44). Pero añadió una palabra misteriosa, irrastreable. “El Hijo del hombre ha venido a servir y a dar su vida en rescate por muchos” (Mc 10,45; Is 53,10-12). Lc acentúa que este reino no lo quería nadie. “Sus ciudadanos le odiaban y enviaron detrás de él una embajada que dijese: “no queremos que ese reine sobre nosotros” (Lc 10,14; Cf. Jn 19,51). Y dicho esto marchaba por delante subiendo a Jerusalén” (Lc 9,28). Iba a poner la Mesa del Padre para todos los pueblos.

- **El rey manso y humilde.** Dos discípulos irán a pedir a un hombre sencillo del pueblo un borriquillo, pues “el Señor lo necesita” (Lc 19,34). Como si fuera a entrar el arca de la alianza (1Sam 6,7), el Esperado es la promesa (Gen 49,11), renunciando a toda forma de poder sube a poner la mesa, como Rey pacífico, que será el pastor herido y el primogénito traspasado (Jn 12,15 [Zac 9,9; Is 35,4; 40,9; Sof 3,14]; Mt 21,5 -Is 62,11; Zac 9,9; Mal 3,1-). Echaron los mantos en el suelo en aclamación silenciosa: “Es el Rey” (Lc 19,36; 2Re 9,13). Y luego la muchedumbre de los discípulos prorrumpieron en aclamación a Dios, inundados de alegría: “Hosanna al Hijo de David” (Mt 21,9). “Bendito el que viene en nombre del Señor” (Mc 11,9b; Ps 118,25c). Lc acentúa: “El rey en nombre del Señor” (Lc 19,38). “Bendito el reino”, “Hosanna en las alturas” (Mc 11,10; Ps 148,1). El Padre mismo reina en Él, “el rey de Israel” (Jn 12,13; Mc 15,32; Sof 3,15). “La paz en la tierra” que viene (Lc 2,14), viene de más arriba, más abajo y más adelante. “Paz en el cielo y gloria en las alturas” (Lc 19,38b) para los hombres del beneplácito, en el Hijo, nuestra paz (Ef 2,14p).
- **El Hijo único, el Heredero.** La justicia suya sobre el monte comienza por poner en la cueva de ladrones, la casa para la oración de todos los pueblos (Lc 19,45). El sencillo gesto profético tropieza como muro cerrado, con los sacerdotes, escribas y ancianos, que le preguntan por su potestad (*exusía*) (Lc 20,1-7). ES el Hijo único y amado que viene a poner la mesa del amor sponsal con el vino nuevo (Jn 2,10; Mc 2,19-22; Lc 5,39; Mt 22,2; Ap 7-9). Él es el Hijo, el Heredero, que viene a suplicar un puñado de racimos y es arrojado fuera de las murallas, donde pondrá la mesa en la piedra de su cuerpo (Lc 20,1-19). Rechazando el mesianismo político de la revelación (Lc 20,20-26) y el de la integración (Lc 20,27-40) se abrirá paso, levantado a la derecha (Lc 20,41-44) para la fiesta del cambio

de puestos (Lc 20,41-45; 21,1-4) hasta que venga en la parusía con gran poder y gloria (Lc 21,25-28). “Si tú conocieras en este día el mensaje de la paz” (Lc 19,41).

...que se entrega en el pan partido y la copa ofrecida

“Se acercaba la fiesta de los ácidos, llamada Pascua. Los sumos sacerdotes y los escribas buscaban cómo hacerle desaparecer” (Lc 22,1-2). Uno de los doce, dejó que Satanás le pasara a su reino y por dinero lo entregó. Al llegar el día en que se sacrificaba el cordero pascual, Pedro y Juan llegaron a la casa del hombre sencillo, con el cántaro de agua. “El Maestro dice: ¿dónde está la sala en la que pueda comer la Pascua con mis discípulos?” (Lc 22,11). “Y cuando se hizo la Hora, se sentó a la mesa y sus apóstoles con él” (Lc 22,14.15-20; Mc 14,22-25; Mt 26,26-29; 1Cor 11,23-26). “Ardientemente he deseado comer esta pascua (cf. 1Cor 5,7) con vosotros, antes de padecer”. Es el paso a que “llegue en plenitud el Reino de Dios” (Lc 12,15.16b.17b).

- **“El Señor Jesús, en la noche que fue entregado”** (1Cor 11,23c). El verbo entregar lo des-cifra todo. El Padre le entrega. Nosotros le entregamos. Él mismo se entregó a sí mismo. Y el Padre le entrega a Él toda potestad en cielo y tierra. El misterio de su reino se está des-velando. Es el Hijo mismo a la cabecera de la Mesa, con el pan y la copa entre las manos. “Esto es mi cuerpo, entregado por vosotros. Haced esto en memoria mía”. También el cáliz, después de cenar: “Esta copa es la nueva alianza en mi sangre derramada por vosotros” (Lc 22,19-20; Ex 12,14; 24,8; Jer 31,31; 32, 40; Is 53,10-12; Zac 9,11; 1Cor 11,25; 2Cor 3,6p. Rom 3,25p; 1Tim 2,6p; Heb 7,12p; 13,20p).
- El Señor al poner la **mesa** con el gesto de compartir encontró la protesta; al abajarse para servir, encontró el rechazo; al **pasar al centro, para darse a muerte por todos**, encontró la traición (Lc 22,21-23) en la que se veían reflejados todos. Ellos pretendían otro reino, como el de los reyes de la tierra, que dominan, oprimen y se glorifican. Ya se lo habían dicho en el camino. Uno a la derecha y otro a la izquierda “en tu reino” (Mt 20,21b). También al acercarse al cenáculo hubo una disputa de quién era el mayor (Lc 22,24). Ahora les ha entregado **todo el don del Reino, en el pan y la copa**, para que también ellos pasaran a su gesto mismo: “Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve” (Lc 22,27b; Jn 13,4-14). “Ahora yo también pongo en vuestras manos el reino, lo mismo que el Padre me lo entregó a mí” (Lc 22,29). Y Pedro, el pecador perdonado, dejando pasar mi presencia, os confirmará a vosotros, sus hermanos (Lc 22,32).

El Señor, que tanto les amaba, era quien mejor les conocía. No debían sentirse obligados, a pasar su mismo paso (cf. Lc 18,8). Ya en otra noche oscura, por causa de la mesa del Reino, les ofreció la posibilidad de marcharse (Jn 6,67). Ellos habían compartido sus pruebas, pero continuaban pretendiendo otro reino, configurado para este mundo en lucha de poder. Dentro de poco todos huirían y Pedro estaba ya a punto de negarle. Por eso les abrió el corazón: ¿Qué os faltó cuando os envié sin bolsa, sin alforja y sin

sandalias? Ellos dijeron “nada”. Pero si continuáis con este propósito vuestro de la lucha del poder: “el que tenga bolsa que la tome, que se compre una espada”. Era verdad, las tenían debajo de las túnicas. “Señor, aquí hay dos espadas”. Pero el Hijo del amor, se había puesto por entero para ser entregado por el Padre en rescate por todos. Ellos ni lo aceptaban, ni lo comprendían. “Por eso os digo que es necesario que se cumpla en mí esto que está escrito: “Ha sido contado entre los malhechores” (Is 53,12) (Lc 22,35-38).

4. Cuando, levantado, reinó desde el Madero

El Padre se había propuesto poner su mesa para todos, **entregando a su Hijo** a la muerte, y muerte de cruz (Jn 3,17; Rom 8,32). Jesús, con los apóstoles, abandona el cenáculo, para orar en Getsemaní (Lc 22,39-46). Oraba en la tribulación: “Padre, aparta de mí esta copa, si quieres, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc 22,42). Las manos del Padre le confortaban. Y en agonía, con sudor y sangre, oraba con más insistencia, en absoluta obediencia, “por ellos”. Entregado a nuestras manos, nosotros le entregamos. Lucas acentúa que fueron sus hermanos más íntimos los que le traicionaron y negaron (Lc 22,47-61). Estaban burlándose de él y golpeándole los soldados (Lc 22,63-64) cuando le entregó el sanedrín, ancianos, sumos sacerdotes y letrados. La pregunta de fondo es su mesianismo, su senda de justicia y de paz. “Si tú eres el Cristo, dínoslo”. Su respuesta les sobrepasa: Yo soy el Hijo del hombre”. “Yo soy el Hijo de Dios”. El Hijo de Dios, que inaugura el reino desde más arriba, más abajo, hacia adelante. Mesianismo escatológico en el corazón de la historia. “De ahora en adelante, el Hijo del hombre estará sentado a la derecha de la fuerza de Dios” (Lc 22,69; Dan 7,13; Ps 110,1). “Se levantaron todos ellos y le llevaron ante Pilato” (Lc 23,1-24). La acusación de revolución política contra el imperio se hace más fuerte y descarada. Alborota al pueblo, niega la sumisión al emperador, se levanta como caudillo, como los celotes revolucionarios (Lc 23,2.5.13). El pueblo le entregó, pidiendo a gritos la libertad de Barrabás, encarcelado por revueltas y asesinato (Lc 23,19).

- **“Padre, perdónalos”** (Lc 23,34c). Levantado en el Calvario entre los malhechores. Encima del madero una inscripción: “Este es el rey de los judíos” (Lc 23,38). Y ¿cuál es la justicia de su reinado? Es la fidelidad de la misericordia, que es la gratuidad del perdón. El pueblo miraba, había pedido su sangre. Los magistrados le hacían muecas. ¿No tenías poder para salvar a los desgraciados? Toma el poder, si eres “el Cristo de Dios, el elegido” (Lc 23,35). “Mi Hijo, el elegido”, le había llamado el Padre (Lc 9,5). Los soldados del imperio, de una parte, y de otra los guerrilleros, malhechores colgados, pretendían la justicia con el puñal de la revolución y de la imposición.
- **“Hoy estarás conmigo en el Paraíso”** (Lc 23,43) Uno de los malhechores le insultaba. ¿Se puede hacer algo con el perdón? Toma las armas y sálvate a ti y a nosotros. Pero el perdón de la misericordia, consumado en la fidelidad, conmovió las entrañas del otro malhechor: ¡cuando pongas la Mesa del Padre

acógeme a tu lado! “Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a tu Reino” (cf. Lc 23,42). “Jesús le dijo: te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23,43). Inaugura la nueva creación. El Padre, ahora, a todos reconcilia consigo a través de mis manos heridas. “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46; 1Pe 3,18b; 2Cor 5,14).

Al volverse Él al Padre se consuma su justicia en la noche. El Padre abre su corazón, entrega a su Hijo como víctima por nosotros. Acoge y reconcilia y perdona todos los pecados, de todos los hombres, de todas las tierras, de todos los siglos. El Hijo vuelto desde el Padre nos entrega el Espíritu. Es el día de la expiación, de la redención, de la reconciliación (Mc 15,33-39; Mt 27,45-53. (Rom 3,23-25p) (Jn 19,28-34; Lc 23,45-46) “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (Mc 15,39) “Realmente este hombre era el Justo” (Lc 23,47p). El Señor, nuestra justicia (cf. 1Cor 1,23-30; 2,8-9) “Se golpeaban el corazón” (Lc 23,48; 18,13).

No busquéis entre los muertos al que vive

El Hijo del amor ha bajado al abismo para prender fuego a la tierra (Lc 12,49-50p). El esperado “reino de Dios” es el “cuerpo de Jesús”, sus “despojos” (Mc 15,43-45). Era muy de mañana, al despuntar el día, cuando la piedra grande cerraba la fosa de los criminales, vigilada y sellada por el “imperio” (cf. Mc 15,1-8; Lc 24,1-9; Mt 28,1-8; Jn 20,1-10). Se dejan ver las manos del **Padre**, en su luz poderosa. Ha bajado al abismo, le ha alentado su **Espíritu**, le ha levantado, le ha encumbrado, le ha designado, le ha constituido a la cabecera de la mesa y del camino, poniéndole a su derecha. Le ha entronizado para su reino (cf. esp. Mc 16,5-7p; Fil 2,8-11) “**Señor, Jesús, Cristo**”, Hijo de las entrañas [Señor, **mará**] levantado en el madero (**Jesuh**) brecha de la justicia y de la paz (**Mesiah**) **Único Señor de todos** (Col 1,11b-22p) El resplandecer de la luz, aparecido en el pesebre (Lc 2, 9), acrecido en la transfiguración (Lc 9,29), se desbordó en plenitud en la entronización, anticipo de la parusía (Lc 24,4; Act 1,10) ¡El Señor ha resucitado!

- “**No busquéis entre los muertos al viviente**” (Lc 24,5). Aquí no está el “cuerpo del Señor” (Lc 24,6). El Padre le ha resucitado, abrazándole en su mismo Aliento, pasándole de la muerte a la vida, del último lugar al primero (Rom 8,11; 6,4; 4,24. 1Cor 6,14). “El primer Adán fue alma viviente, el último Adán Espíritu vivificante” (1Cor 15,45; 2Cor 3,6.17; Jn 6,63). Al alentarle a Él, alentó a todo su cuerpo, a toda la humanidad, a todo el universo, a toda la historia entera (Ef 1,22-23p). El Ungido, puesto a su derecha (Ps 110,1), el **Hombre nuevo**, puesto a la cabeza (Ps 8,7), es **el Hijo, el Primogénito** de entre los muertos, el **Primogénito** de toda la creación, el **Primogénito** entre muchos hermanos (1Cor 15,20-28). Muerto, ahora es el viviente, con las llaves de la muerte y del abismo (Ap 1,18). El primero y el último (Is 44,2; 44,6; 48,11), el viviente (Apoc 4,9-10; 10,6; 15,7; Dan 24,4-34; 6,27; 11,7), el principio y el fin (Apoc 21,6; 22,13), el Alfa y la Omega (Apoc 1,8; 21,6; 22,13). “Es el Señor” (Jn 21,7).

- **“Es necesario que Él reine”** (1Cor 15,25). Ha sido resucitado, ha sido puesto a la cabecera de la mesa y de la marcha, y camina delante hacia los confines de la noche, para abrir la brecha de su reino de justicia y de paz. Lc acentúa este misterioso “ser necesario” del corazón del Padre en este día primero (Lc 24,8; 26,44). Era necesario que el Padre nos lo entregara, pero quería ponerle en manos de sus hermanos, pecadores, para que pudieran entregarlo. Entregado, él mismo se entrega, pero al ser arrojado al abismo, allí mismo el Padre le entregó toda potestad en el cielo y en la tierra (Mt 28,18 [Dan 24,7-14] Jn 3,35; Mc 2,10; Lc 10,22; Apoc 12,10; Ef 1,20.23) “Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado a manos de los hombres y que sea levantado en la cruz (crucificado) y al tercer día sea resucitado (levantado) (Lc 24,71; 9,22; 17,25; 18,32-33). Es necesario que Él reine (cf. Lc 19,27), para someter a todos los enemigos bajo sus pies, incluso la muerte. “Entonces el Hijo” se someterá al Padre, para que Él sea todo en todos” (1Cor 15,25-28; Flp 3,21; Ef 1,23).

Desde el camino, llevados al cenáculo

“¿Buscáis a Jesús, el Nazareno, el Crucificado? Ha sido resucitado”, “pero poneos en camino, decid a sus discípulos y a Pedro que va delante de vosotros a Galilea. Allí le veréis” (Mc 16,7; 14,28). El Reino del Hijo, entronizado en el madero, sucede en su iglesia apostólica, presidida por Pedro (1Cor 15,3b.7-8; 15,20-28) Ellas salieron del sepulcro “con miedo y con gran alegría” (Mt 28,8). En realidad, en el primer momento, les venció el espanto. ¿Otra vez a Galilea, a compartir su camino y su destino? “Les dominó el temor y el sobresalto. No dijeron nada a nadie, pues tenían miedo” (Mc 16,8b). Pero el Señor se proponía abrirse camino hacia el cenáculo y que los últimos fueran los primeros en proclamar la victoria de la cruz. Por eso les salió al encuentro y les dijo “Alegraos”. “Fuera el miedo”. “Id a decir a mis hermanos que vayan a Galilea, allí me verán” (Mt 28,8-10; 20,17). “Regresaron, pues, del sepulcro y anunciaron todo esto a los Once y a los demás”. “Pero ante ellos estas palabras les parecían un desatino y no las creyeron” (Lc 24,11).

- **Andando por el camino.** El Señor buscaba a los más pequeños, “y se dejó ver en otra figura a dos discípulos que caminaban a una finca” (Mc 16,12). Tal vez fueran padres de familia, que tenían que dejar el cenáculo para ir al trabajo, para llevar a casa un trozo de pan. Eran de Emaús, la pequeña aldea cercana a Jerusalén. Mientras caminaban y discutían “Jesús se acercó a ellos y caminó a su lado (Lc 24,15). El primer momento del encuentro fue el camino compartido, repasando la vida desde el escándalo de la cruz. Era aquella pregunta que siempre conmovía: “¿De qué vais hablando por el camino?” (Lc 24,17. cf. “¿Qué buscáis?” (Jn 1,38; 21,5a) Tenían los ojos vueltos a su corazón. No le reconocieron. Estaban tristes.

- **El fuego de la palabra.** “Jesús, el Nazareno, profeta poderoso en obras y en palabras” (Lc 24,19). El que proclamaba el evangelio del Reino, el que curaba las heridas y traía a los desgraciados a su Mesa. “¡Le entregaron!” Sí, “los sumos sacerdotes y los magistrados le condenaron a muerte y le enclavaron en la cruz” (Lc 24, 20). Nosotros nos confiamos a Él, nos pusimos en camino con Él. “Nosotros esperábamos que Él fuera el libertador de Israel, que tenía que venir” (Lc 24,20 [Is 41,14; 43,14; 44,26] Lc 1,6; 2,38; 14,11; 24,20; Act 1,6; Heb 9,12). El Ungido tomaría el poder y arrancaría nuestras cadenas. Pero el “peregrino” puso en la senda la Palabra, convertida en fuego luminoso. Es su luz ardiente, toda la Escritura hablaba de Él, y Él mismo la explicaba desde la pascua. “¿No era necesario que el Ungido padeciera y entrara así en su gloria?” (Lc 24,15-46; 9,22; Jn 20,9; 1Ped 1,11 [Ps 22; Is 53; Os 18,15; Act 3,18.21-25; 8,30-35])
- **El pan partido entre sus manos.** El peregrino, de rostro luminoso, parecía en realidad un forastero sin techo. Hasta un peligro para los caminantes; y más aún con su penetrante mirada. Ellos, sobrepasando la reserva y el miedo del corazón, le invitaron a casa. Invitaron al pobre a pasar a la mesa, le sentaron a la cabecera, en el puesto del padre de familia: “Quédate con nosotros, porque cae la tarde y el día ha declinado” (Lc 24,29). “Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, proclamó la bendición y partiéndolo se lo iba dando” (Lc 29,30; 9,16; 22,19. Jn 21,13). “Entonces se les abrieron los ojos” (Lc 24,31). “Es el Señor” (Jn 21,7; 20,18).
- **Él es el Reino del Padre en persona.** Su rostro, el amanecer del Día nuevo; sus manos, con el pan partido, es la mesa pascual; sus pies heridos, y descalzos, la senda de la travesía. En el camino nuestro corazón ardía al escucharle las Escrituras desde su Palabra; en la cena le reconocimos, por fin, al partir el pan” (Lc 24,35).
- **Hacia el gran cenáculo.** “Se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su vista” (Lc 24,33). La mesa del Reino del Padre, ha aparecido por entero en las manos de su Hijo, en toda la travesía de su pascua. La Mesa del cenáculo se convirtió en la cruz del Gólgota, y la cruz se ha convertido en mesa, de nuevo en el cenáculo, *parusía* anticipada. Las manos abiertas, las manos enclavadas, las manos encendidas. Los pequeños fueron los primeros en acogerle, pero él se encaminaba al cenáculo grande, donde aparece **en plenitud, el misterio de su reinado**. Allí, con los apóstoles a su derecha, con los pequeños a su lado, mesa para todos los hombres y todas las criaturas. Él les partió el pan y les ofreció la copa, pero ahora ya este gesto de su entrega pasaba a los apóstoles: “a vosotros os entrego el Reino, que el Padre me entregó a mí”. “Haced esto en memorial mío” (Lc 22,19b). Solo en la iglesia apostólica pueden encontrar de lleno al Señor, los hermanos que estaban reunidos en la mesa pequeña. “Y levantándose, al momento, se volvieron a Jerusalén” (Lc 22, 33a).

Desde el cenáculo, enviados a los confines

“Los discípulos tenían las puertas cerradas por miedo a los judíos” (Jn 20,19c). Pero además sentían un profundo dolor de amor por su traición al Señor. No se fueron cada uno a su sitio. Hubieran perecido en la noche. Se volvieron al cenáculo de la última cena. El Señor se había manifestado a Magdalena (Mc 16,9-11p). Ella con su encargo, llamó a la puerta. “Les dio la noticia a ellos, compañeros de él que estaban llenos de dolor y con lágrimas” (Mc 16,9-10). ¿Es que su culpa podría ser mayor que la fidelidad de la misericordia del Señor? También los hermanos que habían salido a trabajar de madrugada llamaron a la puerta, pero “tampoco a aquellos los creyeron” (Mc 16,13). Pedro y Juan no pudieron contenerse y se fueron corriendo al sepulcro. Juan corría delante, pero dejó pasar a Pedro, y después pasó él. ¡La muerte ha sido vencida! Quedaban en el abismo el sudario y las vendas. “Aún no habían comprendido la Escritura de que era necesario que él fuera levantado desde los muertos” (Jn 20,9). El discípulo a quien Jesús amaba se detuvo en el sepulcro, “vio y creyó” (Jn 20,8). Pero el Señor quería encontrarse con Pedro, el primero, en un encuentro íntimo, transformante. Era él, Cefas, el que había de representarle como roca de cimiento (Mt 16,18), el que tenía que confirmar a los hermanos, vuelto a Él (Lc 22,32). El Hijo, crucificado y resucitado (1Cor 15,3-4 [1Ped 3,18 (Is 53,5s.8s.12) Lc 9,22 [Os 6,2; Jon 2,1]) “ha sido visto”/ “se ha dejado ver de Cefas” (1Cor 15,5). Así cuando los discípulos llegaron a Jerusalén: “encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían “Realmente ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón” (Lc 24,34).

- **El encuentro.** “Estaban hablando de estas cosas y Él se presentó y se puso en medio de ellos y les dijo “Paz a vosotros” (Lc 24,36). Su rostro estaba lleno de luz, la figura del Hijo primogénito se traslucía (*morfé*: Mc 9,2; 15,34; 16,12; Flp 2,6-11). En verdad les sobrepasaba su presencia. Era un resplandor del trans-mundo, el despuntar de la nueva creación (2Cor 3,17-18; 4,4-6; Heb 1,2-4). La palabra “paz” se expresaba en sus manos abiertas, sus pies heridos y su corazón traspasado. “Dicho esto les mostró las manos y el costado” (Jn 20,20). “Mirad mis manos y mis pies: “Yo soy, yo mismo” (Lc 24,39). “Yo soy”, la fidelidad de la misericordia, la justicia convertida en paz. Pues entre estas manos y por esta puerta de mi corazón, el Padre os resucita con Él, entre vosotros y con la creación entera. “Él es nuestra paz” (Ef 2,14p; Col 1,11b-22; 2Cor 5,17-6,2; Lc 4,18 [Lev 25,10; Is 9,5]) La justicia del Hijo entregado en expiación nos recrea como hijos en el Hijo, hermanos en el Hermano, herederos en el Heredero. Es gracia, convertida en paz desbordante en el gozo. “Estaban asombrados y no podían creer por la alegría” (Lc 24,41). Él a la mesa, pidiéndoles su pan para compartirlo. “Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor” (Jn 20,20).
- **La misión.** “Dicho esto, les dijo de nuevo “Paz a vosotros” (Jn 20,21). Es la hora de poner esta Mesa en el corazón del mundo, reino de Cristo, para el reino de Dios (1Cor 15,20-28; Ef 5,4b). “Justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rom

14,17), “gracia y paz” (1Ped 1,2b; Apoc 1,4; Rom 1,7p), “gracia y verdad” (Jn 1,14), “gracia sobre gracia” (Jn 1,16; 18,36-37; 19,28-34.36-37) Padre, “como tú me enviaste al mundo, así también los envío yo al mundo” (Jn 17,18), “como [porque] el Padre me envió, así os envío yo a vosotros” (Jn 20,21). El Hijo entronizado, juez de vivos y muertos, por el camino del dolor ha abierto y abrirá la senda de la justicia en el universo (Act 10,42p; 17,3p; 18,31). Y esta justicia es el perdón del Padre, en su sangre, expiación, redención y reconciliación. “Id, pues, al universo entero y proclamad el evangelio a toda la creación” (Mc 16,15). Germina ya la nueva creación de la paz (Mc 16,17s; Is 11,1-10). “Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra” (Mt 28,18), “yo estoy con vosotros”. Haced el corro de la comunión, abrid la senda de las bienaventuranzas (Mt 28,19-20). “Ha de ser proclamada en mi nombre la conversión, para el perdón de los pecados a todos los pueblos” (Lc 24,4). Don y encargo (Jn 20,2).

- **El aliento.** “Y dicho esto, alentó sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo” (Jn 20,20). Cuando el Padre le alentó y le levantó y le constituyó Primogénito de toda la creación, su aliento y su diseño se adentró y se grabó más todavía, en todos los hombres y todas las criaturas, que gravitan hacia Él en misteriosa gravitación de amor (Mc 16,6ª; Jn 12,32; 1Cor 15,20.45.54). Pero la Pascua del Señor es una creación nueva, que se ofrece en encuentro, en el cenáculo, gratuidad de la libertad. El hombre al ser creado, le pasó el aliento sin pedirle permiso (Gen 2,7), como los padres al engendrar a sus hijos. Pero la plenitud del amor, se ofrece en la mesa, en el pan y la copa, que arden de fuego. Delante de la mesa está el Primogénito, el que entregó el aliento, traspasado el corazón, el que fue a abrazar al Padre con esta carne nuestra, el que vuelto del Padre, alienta su mismo Amor (Jn 20,17.22; Lc 24,49). Enviada su Iglesia en la misma misión es alentada en el mismo aliento. A la cabecera de la mesa primero (Mt 28,16; Mc 16,20; Jn 20,22p) como el padre que bendice al marchar (Lc 24,50). Mas al ponerse a la cabecera de la marcha, en el seno del Padre, nos pasó el fuego y el viento de Pentecostés, que encienden, entrañan y envían a apóstoles y discípulos, con María en medio, hasta los confines de la tierra (Mc 16,19; 1Tim 3,16; Act 1,1-28.31).

5. Anotaciones

1. Nota bibliográfica

Para profundizar con materiales de calidad científica:

- *Nueva Biblia de Jerusalén*, Editorial Desclée de Brouwer. Con las mejores notas a pie de página, en español.
- Bovon, *Evangelio de Lucas I-II*, Ediciones Sígueme. Tal vez el mejor comentario, hoy, en español.
- Coenen (ed.), *Diccionario teológico del NT I-II*, Ediciones Sígueme. El mejor diccionario bíblico del NT en español.

Sobre los “setenta” discípulos, enviados con los apóstoles, para una meditación seria sobre su don y encargo:

Bibliografía

- A. Dreizenter, *Die rhetorische Zahl*, Betemata 73, München 1978.
- H. Lignée, *La misión des Sulxante-dooze*, Lc 10,1-12.17-20, Assam Seign 45 (74), 64-74.
- B.M. Metzger, *Seventy or Seventy-two Disciples?*, NTS 5 (1958-1959), 299-306.
- K.H. Rengstar, *Theologischer Wörterbuch NT II*, 623-631.
- A. Schimener, en *Did Religion in Geschrchte und Gegenweit*, R66 VT 1861.

Esta bibliografía es un breve resumen de la cuestión. En español se encuentra en el *Diccionario exegético del NT*, Sígueme, Vol. I, 1116-18.

El resumen de M. Völkel es sugerente, pero tal vez sea necesario profundizarlo. Una pequeña meditación sobre ello en *La Misión del Hijo amado* pág. 6ss. PAX.

2. Clave exegética

Un fragmento

Este sencillo material, *La Misión del Hijo amado. Aproximación al evangelio de san Lucas*, es un breve fragmento de la Historia de la salvación proclamada en toda la Escritura santa del AT y del NT. Un fragmento no sustituye a la totalidad del Misterio, aunque pueda evocarlo en alguna manera. Debe, pues, leerse y estudiarse con la Biblia sobre la “mesa” y dentro de la “mochila”. Pero como la Escritura debe leerse en lectura *kat-ólica*, en el corazón de la Iglesia, debe unirse a toda la Escritura, todo el Concilio Vaticano II. Pero siempre bajo la Palabra de Dios, en el mismo Espíritu con que fue escrita y debe ser acogida en la Iglesia una, santa, católica y apostólica.

Una perspectiva

Este pequeño trabajo es una “perspectiva”, situada en un “puesto en la vida”. Toda mirada exegética des-vela y vela al tiempo el misterio. Ciertamente el trabajo recoge los

mejores comentarios exegético-científicos de Lucas y las mejores monografías teológicas sobre el evangelio. Pero el último puesto en la vida es “este” camino misionero, por donde caminamos, anunciamos el evangelio a los pobres, intentando volver a la vida apostólica de Galilea. Conviene, pues, recoger el puesto en la vida de la Iglesia en América latina, y los principales documentos que la expresan, especialmente *Ecclesia in América*.

Una pista

En el fondo el estudio es un “camino mistagógico”, para el seguimiento del Señor, en su Iglesia, para su Reino, por su misma Andadura. La Eucaristía del Día del Señor, es el centro y la cumbre, el arranque y término de todo el camino y de la misión. Y la *lectio divina* de la palabra debe hacerse en oración íntima, personal, prolongada, a los pies del Señor. Esta experiencia viva avoca a la recreación de la comunidad que acoge, comparte y ofrece el evangelio de la gracia, justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. Un gesto vivo de comunión con la Iglesia local sería ofrecer los materiales al obispo, para que diera un *nihil obstat*, para poner los “papeles” en la mesa común de la Iglesia de...

- *Nota.* Si algún texto no se comprende, o no está bien descifrado, o se necesita profundizar pueden mandar una nota.

Gracia y paz. M

Torrejón 14/9/02

Id...